



«...ya llevaba algún tiempo escuchando la guitarra del más grande músico flamenco de la historia...»

(Paco de Lucía.
Fotografía de Paco
Manzano)

vuelta a la Tierra. Su desconsuelo era tan vasto que acababa convertido en alivio, pues en los intersticios más oscuros de la autenticidad hay un instante en que la desventura nos reconforta porque nos reconoce, porque le ha puesto nombre a nuestra identidad, y hay un instante en el que el infortunio nos absuelve porque se ha transformado en compasión. Los gritos de Camarón, sus asombrosos melismas que parecían la lenta levadura que hincha el pan rotundo de la Pena, nos sacudían los huesos, pero a la vez nos acariciaban la soledad de la conciencia. Su sonido de ternura crucificada ponía pomada en nuestras heridas y saliva en nuestras cicatrices. Con él no hemos perdido tan sólo a un cantaor: hemos perdido a un médico del alma. Le hablaba a nuestro espanto, pero con sonidos tan dulcemente y tan lúgubrementemente verdaderos que nos hacían advertir que junto a nuestro espanto se hallaba, desvelado, el consuelo. En su arte extraordinariamente humano había algo que era más que sobrehumano, que era casi sagrado. No se escuchaba a Camarón: se comulgaba con su música. No sólo se nos ha muerto un cantaor y un artista: se nos ha muerto una farmacia. Él nos otorgaba el tranquilizante que necesita toda conciencia desvelada, asustada. Un tranquilizante malherido: por eso era tranquilizante. Sin ese humus de herida, sin ese perfume de desgracia, el sedante hubiera sido una anestesia, pero nunca lo que era en realidad: un arañazo de piedad. Con él, Camarón apaciguaba nuestra pena. Ahora tenemos que intentar ser dignos de su fasto, de su autenticidad, su intensidad y la esencialidad de su dispendio. Y sólo empezaremos a conseguirlo cuando asumamos que nuestras penas incurables son nuestra riqueza y son nuestra victoria. A todos los marginados de este mundo, de este país, de Andalucía, de la calle de la Amargura (¡esa calle tan ancha y tan estrecha!) se les ha muerto Camarón de la Isla. Y de pronto, asombrosamente, descubrimos que somos marginados. Que todos

somos los hijos de la desventura y que a todos se nos ha muerto Camarón de la Isla, nuestro maestro.



A la hora de morir, lo hizo por siguiriya. Murió por siguiriya sin darse cuenta, sin pretenderlo y con la inocencia pifándole como un potro en la voz ya devastada por la cercanía de la muerte. Quizá toda su vida, todo su drama y todos sus éxitos se emborronaron en su memoria y sólo vio la imagen de Juana la Canastera, su madre. Como un niño, a la hora de morir, y por unos segundos, habló por última vez y lo hizo con maíta. Así: con el diminutivo y con las letras esenciales. No madrecita (esa palabra tan dostoienskiana), no maresita, la palabra más afelpada del vocabulario flamenco. El desconsuelo puro, la pura infancia: las consonantes y las vocales imprescindibles: menos letras ya no es posible. La mendicidad pura: maíta. Durante el entierro, su amigo —su hermano— Rancapino, que sí se había dado cuenta del significado de las últimas palabras de Camarón, susurraba obsesivamente: «Dios mío, hay que ver lo que dijo a la hora de morir, “Maíta, qué es lo que tengo yo”». Rancapino había sido compañero de Camarón en aquella etapa en que el artista cantaba de limosna. Ambos subían a los autobuses de línea de Cádiz, San Fernando, Chiclana; ambos cantaban y luego compartían las monedas que les echaban los viajeros. Rancapino: aquellos ratitos forman parte muy importante de vuestra alegría. Érais amigos, compañeros, hermanos. Consuélate, Rancapino: el que ahora lloras se reía contigo al bajar de los autobuses de línea. ¿Lo recuerdas? Recuerdo el último recital de Camarón. Fue en el Colegio Mayor San Juan Evangelista, en enero de este año, poco antes de que viajara a Nueva York en busca de una curación imposible. Camarón cantó extraordinariamente. Llevaba ya la muerte puesta y no se le notaba en su cuerpo, sólo en su voz, como siempre había sucedido. La noche antes y en el mismo Colegio había cantado Rancapino. Arrancó con un taranto estremecedor. Cantó media hora; fue media hora absoluta. Encogidito, con los ojos cauterizados, Rancapino fue sacando los cantes desde el fondo de su inmensa y pudorosa sabiduría. Hacía tiempo que no escuchábamos quejas tan solemnes, limosnas tan majestuosas, música tan exacta. Eres muy grande, Rancapino, no te quiebres ahora. Tienes mucho cante que dar, tienes mucho consuelo que entregarnos. Que Dios te bendiga, Rancapino, hijo. Unos meses después, Camarón se moría. Han dicho que sus últimas palabras, su última interrogación, su último asombro ante la ferocidad de la vida, su último grito, consistió en regresar hasta la infancia. Posiblemente vio a su madre. Fue entonces cuando dijo: «Maíta, qué es lo que tengo...». Eso es lo que se llama una muerte por siguiriya: el puro desamparo y la pura inocencia. La soledad más absoluta, desde la que un hombre se encoge hacia la infancia para pedirle socorro a maíta. Incluso las palabras casi forman la siguiriya: «Maíta, qué es lo que tengo...»: si les ponemos las letras que faltan, esas palabras son media siguiriya: «Madrecita mía/ qué es lo que yo ten-